



JULIO · AGOSTO · SETIEMBRE 2012

sumario

74 Editorial
Joan Gasparin

75 BIOGRAFÍA | ANTONIO NEBEL
Matilde Rubin

84 Aporte de la homeopatía en LA
ENFERMEDAD RENAL POLIQUÍSTICA
a propósito del remedio "CROTON
TIGLIUM"
Dr. Didier Grandgeorge

88 HOMEOPATÍA CIENTÍFICA
Juan Ignacio Sánchez

92 LOS MITOS DE DESINFORMACIÓN
CONTRA LA HOMEOPATÍA
Dana Ullman

100 LA HOMEOPATÍA EN EL CONTROL DEL
MICROBIODETERIORO DE DOCUMENTOS
José de la Paz Naranjo

106 ¿CÓMO TRATAR EL VÍTILIGO CON
HOMEOPATÍA?

SOCIEDAD ESPAÑOLA
DE HOMEOPATÍA CLÁSICA

Joan Gamper 22 · 08014 BARCELONA
Tel. 93 430 64 79 · Fax 93 363 16 95

info@sociedadhomeopatica.com
www.sociedadhomeopatica.com

ditorial

Apreciado Socio/a.

Muchos alumnos y socios me preguntan y reflexionan sobre la dificultad de aprendizaje de las Materias Médicas, por su cantidad de remedios descritos. Últimamente me referencian si es mejor aplicar la metodología de la “escuela francesa”; si es coherente la utilización de las dosis únicas de la “escuela anglosajona”; si el “simbolismo animal” y las “delusion” de Sankaran son de interés; si el estudio de los “lantanidos” de Sholten son interesantes; si el estudio miasmático de Proceso Ortega es necesario para cada cada caso, etc.

La respuesta siempre es la misma: somos una ciencia en constante evolución, y ello conlleva nuevas teorías e introducción de nuevos remedios y métodos.

Lo importante, es que ustedes, como mínimo, conozcan estas técnicas, para luego poder comprobar y decidir si son eficaces y concuerdan con su manera de pensar y trabajar.

Todas las técnicas y escuelas de homeopatía, tienen y tendrán su utilidad; ahora bien, trabajen y estudien aquellos remedios y métodos de probada eficacia clínica, y, en su momento, irán sumando remedios y técnicas menos conocidas.

En resumen no se inclinen por “modas” o por “Homeopatías visionarias”. Vayan utilizando remedios que les den seguridad en el diagnóstico y en la prescripción.
Reciban un saludo.

Por Joan M. Sánchez i Gasparín
Presidente de la Sociedad Española de Homeopatía Clásica

El doctor Antoine Nebel padre, de Lausana, es indiscutiblemente una de las más fuertes personalidades del mundo homeopático.

Adepto a la doctrina de Hahnemann desde hace aproximadamente cuarenta años, fue, si puede decirse, un centro de atracción para los homeópatas de todos los países a los que generosamente entregó sus ideas.

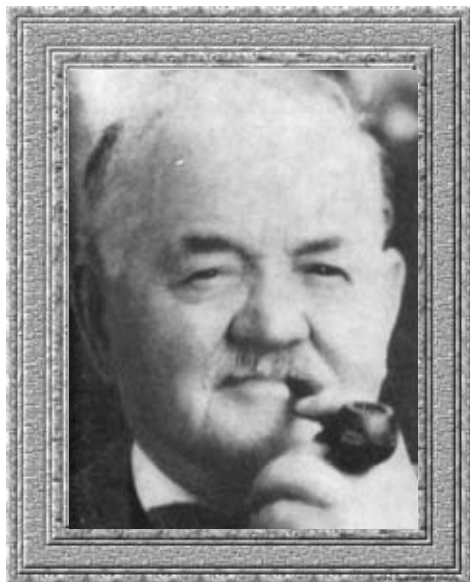
Sus trabajos científicos, su conocimiento de seis lenguas extranjeras, su valor clínico, la seguridad de su diagnóstico y su elevada cultura le dieron una autoridad considerable ante los médicos homeópatas.

¿Quién no conoce la originalidad de sus trabajos?

¿Qué homeópata no ha apreciado la claridad de su mente y la lógica de sus conclusiones?

Estudió sucesivamente la acción de las tuberculinas diluidas de las que hizo, audazmente, una patogenesia sobre él mismo. Mostró cómo evolucionaba el parásito al que atribuía el origen del cáncer.

Consiguió establecer la teoría que llegó a ser famosa del drenaje o de la canalización al estudiar la regresión de los tumores bajo la influencia de los remedios homeopáticos. Pero es la materia médica, tan importante, la que marcó con su huella: no sólo supo enriquecerla con numerosos remedios, sino que también la hizo animada con su concepción de la evolución en las tres direcciones de los "normocrinos, hipocrinos e hiperocrinos", representativos de los tres



tipos Calcarea fluorica, Calcarea carbonica y Calcarea phosphorica, que abren el estudio del parentesco de los remedios donde su instinto de observación hace cada día una obra creadora.

¿Es preciso añadir que el doctor Antoine Nebel posee esa sencillez y esa bondad que son la marca de las grandes almas?

Los que acudieron a él seguramente se acuerdan de la buena acogida que encontraron a su lado.

El Dr. Antoine Nebel ha sido digno merecedor de los homeópatas y de la homeopatía. Referencia: *Homeopatía Moderna*, 1932, redactor jefe: Dr. Fortier-Bernoville. Autor anónimo.

El doctor Antoine Nebel evocado por algunos de sus alumnos.

(1870-1954)

Referencia: *Actes de la société Rhodanienne d'Homéopathie*. Número consagrado a Antoine Nebel, 1er trimestre de 1955. 39 páginas. Con mis agradecimientos al doctor Henri Duprat, que me permitió reproducir este documento en mis revistas de prensa mientras aún vivía. Dr. R. S. (Jueves, 11 de abril de 2002.)

Esta biografía fue redactada al fallecer el doctor Nebel por el conjunto de sus discípulos preferidos: Dr. Daniel, Dr. Duprat, Dr. Heurtault, Dr. Jarricot, Dr. Pahud, Dr. Quenot, Dr. Rouy, Dr. Vidouze. Y su hija Jeannette Nebel.

Índice de las referencias: Índice, Introducción, Duprat, Jeannette Nebel, Dr. Rouy, Jarricot, Pahud, Quenot, Heurtault, Daniel, Vidouze.

Introducción

Al decidir la publicación de este fascículo la Sociedad Rodaniana deseó que fuera un homenaje digno de su fundador, del maestro que acaba de sernos arrebatado cruelmente.

Además de que cumple así un deber que le es particularmente querido, nuestra Sociedad está contenta por ofrecer a los hijos del doctor Nebel este conjunto de recuerdos y de testimonios de admiración y de afecto.

Pero pretende además un objetivo más lejano y más general.

Espero ardientemente que estas memorias sean ampliamente propagadas fuera de sus propias filas, que sean leídas por muchos médicos sobre todo por los que no han

conocido al querido desaparecido, y por aquéllos que siguen en la ignorancia o incluso, circunstancia más grave, en el error, a propósito del papel considerable que representó en nuestra escuela.

La historia de esta última conserva respetuosamente el recuerdo de los más grandes de nosotros, de aquéllos que fueron no solamente apóstoles de la doctrina, sino también de los modelos de ciencia homeopática y de abnegación médica. Podría citar aquí muchos nombres.

Me basta con recordar algunos, limitándome a Francia y a la Suiza francesa: Des Guidi, Mure, Rapou, Pétröz, Teste, Imbert-Goubeyre, Chargé, Gallavardin (padre e hijo), Peschier, Les Dufresne, Beck.

Y ahora, Antoine Nebel.

Conservemos ante nosotros estos ejemplos gloriosos y fecundos y esforcémonos cada vez más en elevarnos a su grandeza.

Dr. Henry Duprat, Presidente de la Sociedad Rodaniana de Homeopatía.



Extracto de un artículo del doctor Rodolfo L. Semich en la revista argentina *Homeopatía* del mes de octubre de 1954.

Si el homeópata analiza su bagaje intelectual, recordará que el pensamiento de Nebel está en él y lo nutre aunque no acepte el principio del drenaje.

Y el homeópata de corazón abandonará todo sectarismo para rendir homenaje a este hombre extraordinario que acaba de

dejarnos y que apareció en el mundo de la medicina moderna como un renovador de la tradición hipocrática, en posesión de un gran saber técnico, de una gran erudición en la ciencia hahnemanniana y de una rica experiencia clínica.

Algunos recuerdos y un poco de historia por el Dr. Henry Duprat

Después de mis tres primeros años de práctica en Francia, durante los cuales tuve el inmenso privilegio de ser iniciado en la homeopatía, vine, inicialmente como único médico que practicaba allí nuestro método, a instalarme en Ginebra, no sin haber tenido que volver a presentarme a mis exámenes médicos y hacer una segunda tesis de doctorado.

Ya conocía la existencia del doctor A. Nebel como médico homeópata, pero apenas había abierto mi consulta ginebrina oí hablar mucho de él en los términos más elogiosos. Él mismo acababa de establecerse en Lausana y su reputación de médico curandero, en el buen sentido de este calificativo, se había difundido ya mucho en Suiza.

El doctor Nebel había comenzado como práctico, pero desconociendo aún todo de la homeopatía, en el cantón de St-Gall donde, muy penetrado de los recursos de la "naturaleza medicatriz", había inclinado en seguida sus preferencias hacia la fitoterapia y, gracias a sus dones y a sus grandes conocimientos botánicos, buscó a lo largo de los caminos y en los bosques los principales elementos de su terapéutica.

Fue entonces cuando conoció al Dr. Grubenman, famoso práctico homeópata de St-Gall. Éste le reveló los arcanos de nuestra doctrina y de nuestra técnica y le hizo presentir la superioridad de esta última como segura colaboradora de la Natura medicatrix.

Ése era pues el camino que, por un instinto secreto, buscaba nuestro eminente colega,

y su "conversión" no tardó en cumplirse y dar sus primeros frutos en la Suiza francesa bajo la magistral dirección del ilustre doctor Beck, de Monthey (Valais), cuyo talento de homeópata brilla con un resplandor muy vivo en la historia de la homeopatía helvética y al que debemos el conocimiento del maravilloso medicamento de la difteria, el cianuro de mercurio.

Instalado en primer lugar en Montreux donde la clientela afluyó muy rápidamente a su consultorio, y con razón.

“el Dr. Nebel muy interesado ya en materia de tuberculosis dejó el cantón de Vaud para emprender la dirección de un sanatorio antituberculoso homeopático en Davos”.

Pero los límites impuestos por la especialización sólo podían decepcionar su insaciable curiosidad médica. Abandonó pues Davos para establecerse pronto y definitivamente en Lausana.

Por supuesto, desde el principio de mi práctica ginebrina, estaba muy impaciente por conocerlo y, como si fuera ayer, nos veo, a él y a mí, encontrarnos en el andén de la estación de Cornavin donde lo esperaba para implorar que me iluminara en la cabecera de uno de mis enfermos que estaba muy grave.

Encontré en él a uno de mis colegas más afables, más espontáneamente simpáticos, más naturalmente sencillos que he conocido. Además, nuestras relaciones se hicieron estrechísimas y particularmente cordiales muy deprisa.

Cuánto me gusta recordar los frecuentes "fines de semana" en Lausana en los que transcurría el día, demasiado corto, en la casa tan acogedora del boulevard de Gran-cy junto a él, su mujer, sus tres hijos aún

niños que no tardé en considerar como sobrinos queridos.

Jeannette no había nacido todavía. Fue la más querida un poco más tarde. ¡Y qué sonriente acogida y tan afectuosa la de la madre de esos niños!

Otros colegas se unían a nosotros frecuentemente en estas reuniones dominicales, y Jules Gallavardin llegó a ser uno de los más fieles.

Profesaba una muy alta estima y una gran amistad al Dr. Nebel y poseía plenamente el talento de hacerle exteriorizar al máximo el fruto de sus meditaciones, de sus observaciones totalmente personales y de sus descubrimientos.

Más tarde, concibió el proyecto de una prolongada estancia junto a nuestro amigo para documentarse de una manera precisa y bien ordenada y para realizar así una exposición escrita de su obra creadora en el terreno patológico y sobre todo en terapéutica homeopática.

En efecto, el Dr. Nebel, sobrecargado de clientela y ocupando su escaso tiempo libre profesional en el estudio y en sus investigaciones de laboratorio, apenas encontraba tiempo para escribir. Lo que por otra parte le gustaba muy poco.

Desgraciadamente, un cruel y estúpido destino impidió esta preciosa realización.

La guerra de 1914-18 nos quitó a nuestro querido Gallavardin. A Dios gracias, unos años más tarde, en sus excelentes y diferentes trabajos, nuestro vicepresidente, el Dr. Rouy, alumno muy atento del Dr. Nebel y muy comprensivo con su obra, realizó en gran medida el sueño de Jules Gallavardin.

A partir de uno de nuestros primeros encuentros, Gallavardin me rogó que aceptara la corrección del Propagador de la homeopatía, lo que constituyó el primer acto de una colaboración francesa y suiza francesa en la difusión y la defensa de nuestra doctrina.

Era también la época en la que la Sociedad Homeopática Francesa comenzaba a inquietar pasablemente a los médicos fieles a las directivas hahnemannianas. Esta sociedad, que había vuelto, a Dios gracias, a las mejores tradiciones, sufría entonces el gran ascendiente del doctor Pierre Jousset, notable clínico, pero sin duda más patólogo que terapeuta.

Con mucha claridad además, enseñaba la homeopatía, pero una homeopatía reducida, árida, en el sentido de que codificaba nuestros tratamientos mucho más según el diagnóstico nosológico que según la necesaria individualización del enfermo, en contra del gran precepto hahnemanniano. Sin embargo, es preciso reconocer que Pierre Jousset seguía siendo unicista, lo que era un valioso testimonio a favor de la enseñanza del fundador de nuestra escuela. Admitía también la infinitesimalidad, pero sin tolerar, en un extraño ilogismo, que se sobrepasara la 30ª dilución centesimal.



Y en estos dos puntos de vista, individualización e infinitesimalidad alta, la Sociedad Francesa, inclinándose casi por completo bajo la autoridad de Jousset, se produjeron los conflictos.

No olvidaré nunca cierta sesión de 1909 a la que asistían varios miembros correspondientes de la Sociedad: Gallavardin, Nebel, yo mismo, y durante la cual el Dr. Léon Vannier, entonces gran admirador y defensor de Nebel, habló de una muy alta dilución de Ipeca, dilución que tenía de nuestro colega de Lausana y que le había valido un notable resultado en un gran asmático.

Semejante afirmación pareció un escándalo.

lo a los ojos de Pierre Jousset y de la mayoría de los miembros de la Sociedad. Por supuesto, tuvo las réplicas pertinentes de Nebel, de Gallavardin, de Léon Vannier y de mí mismo.

En esta sesión se llegó a hablar ocasionalmente de fibroma, siendo declarada esta afección, por un miembro de la directiva de la Sociedad, ¡fuera de las posibilidades de nuestra terapéutica!

El Dr. Nebel no pudo abstenerse de expresar su estupefacción al oír tal declaración de la boca de un médico homeópata. En definitiva, esta famosa sesión había puesto en manos de Jules Gallavardin unas armas aceradas que no dejó de aprovechar para atacar eficazmente las concepciones difundidas y bendecidas por el eminente Dr. Pierre Jousset quien por otra parte, en una época anterior, ya había criticado severamente al doctor Gallavardin padre, por el uso que hacía, muy eficaz sin embargo, de la jalta infinitesimalidad!

Algunos habíamos experimentado en países de lengua francesa, Francia y Suiza francesa, la necesidad de no consentir semejante estrechez de la técnica homeopática fundada en el respeto a los principios hahnemannianos, sin descuidar por supuesto todas las observaciones susceptibles de enriquecer estos principios.

Así fue como el Dr. Nebel y el Dr. Gallavardin resolvieron la creación de una sociedad franco-suiza, eco lejano de la primera Sociedad Galicana.

Le dimos el título de Sociedad de los Médicos Homeópatas del Sureste de Francia y de la Suiza francesa, enlazando así a las orillas del Ródano esta nueva creación. La Sociedad no fue primero más que un pequeño grupo, no comprendiendo las primeras reuniones más que unos diez miembros: Drs. Nebel, Gallavardin, D'Espiney y Vadon, de Lyon, Gailhard, de Marsella, Léon

Vannier y Paul Chiron, de París, Arnulphy, de Niza y yo mismo.

“Desde estos primeros encuentros el Dr. Nebel nos reveló progresivamente sus adquisiciones personales: tuberculinismo, constituciones minerales, drenaje y de su enseñanza se alimentó uno de los más hábiles y constantes dispensadores didácticos de estas preciosas nociones y de los útiles procedimientos que se desprenden, el Dr. Léon Vannier”.

Mucho más, el Dr. Nebel nos hacía que asistiéramos a la construcción de lo que llamaba el árbol genealógico de nuestros grandes remedios de fondo y nos iniciaba en varios signos objetivos cuya observación clínica ha enriquecido, gracias a él, las patogenesias de nuestros remedios.

El valor de los aportes que nuestra terapéutica debe al doctor Nebel no puede ser discutida so pretexto de una especie de “inmovilismo hahnemanniano”. Como muy bien dice el doctor J. Jarricot, en su reseña de la reciente obra de nuestro vicepresidente, el Dr. Rouy, nuestro maestro Hahnemann nos ha legado, en sus descubrimientos y su enseñanza los “gérmenes de cosechas futuras”.

El deber de sus discípulos es hacer fructificar estos gérmenes, deber al que Nebel contribuyó muy ampliamente.

No puedo abstenerme aquí de mencionar al respecto un artículo de mi colega ginebrino, el Dr. Pierre Schmidt, artículo cuya traduc-

ción española apareció, algunos días antes de la muerte de nuestro fundador, en el periódico Homeopathia que es la revista de la Asociación Médica Homeopática Argentina.

Que el Dr. Schmidt me permita volver a varias de las apreciaciones que formuló en este artículo en el que señala las "opiniones autocráticas" del Dr. Nebel. ¡No! Ser autócrata no es afirmar enérgicamente y de una manera repetida una firme convicción, cuando ésta se deriva de una amplia y constante experiencia y está confirmada por la lógica.

El Dr. Schmidt ataca primero al Dr. Nebel a propósito del uso que hacía de ciertos síntomas objetivos descubiertos por su observación y añadidos a las patogenesias de algunos de nuestros remedios como: la banda azulada del labio inferior de Causticum, la transpiración del labio superior de Thuja, la hiperqueratosis de la planta de los pies de Antimonium crudum, etc.



El Dr. Schmidt pretende que Nebel deducía sistemáticamente la indicación del remedio de la única constatación de tales signos. No, no era así y Nebel nunca lo pretendió.

Pero consideraba estos elementos objetivos como guías, "postes indicadores" que debían hacer pensar enseguida en los remedios arriba indicados, con la reserva de verificar su perfecta oportunidad por la búsqueda de sus otras características.

Es por otra parte lo que escribió el Dr. Schmidt algunas líneas después de su juicio de condena.

En cuanto al procedimiento de drenaje, introducido por el Dr. Nebel bajo la inspiración del gran Paracelso y debido a su propia experiencia, el Dr. Schmidt no lo admite.

En primer lugar encuentra este término de drenaje muy mal escogido, porque viene de la palabra drain que significa tubo, tubo introducido en una herida para asegurar la salida de los líquidos o bien tubos utilizados para desecar un terreno demasiado húmedo.

Y sin embargo, ¿no constata la medicina humoral, la de Hipócrates, la que la sana clínica, la más objetiva, no deja de afirmar, que la curación de muchas afecciones agudas y crónicas se produce por semejante procedimiento y según el esfuerzo de la Natura medicatrix de Hipócrates, de la fuerza vital de Hahnemann?

¿No se efectúa este mecanismo curativo, en efecto por cánulas naturales, tubos según el término de nuestro colega?

¿No son los canalillos renales, ureterales, uretrales, los canalillos sudoríparos, el intestinal, el canal cístico, el colédoco, tubos?

La palabra drenaje está pues muy bien elegida sin ánimo de ofender el purismo terminológico de nuestro colega. En cuanto a la necesidad del procedimiento, no se puede negar su utilidad sin renegar a la vez de los humores pecantes de los antiguos, ridiculizados por el Dr. Schmidt, pero sin embargo muy conocidos hoy con el nombre de toxinas o como sustancias de desecho insuficientemente eliminadas, porque la intoxicación sanguínea, humoral domina, y muy legítimamente, la patología.

El término *humores pecantes*, en su encantadora ingenuidad, conserva un significado muy expresivo de la realidad de los hechos. El Dr. Schmidt sigue pretendiendo que el drenaje es una concepción alopática. Y sin embargo, ¿no es considerada y deseada por los médicos homeópatas la superactividad de los emuntorios, que realiza bien un

drenaje, como el signo eminentemente favorable después de la aplicación del remedio?

¿Qué hace pues el Dr. Schmidt con la acción de Sulfur, de Lachesis, etc.? Y no olvidemos que la observación clínica no deja de demostrar que, en los casos graves, sobre todo lesionales, y, en particular, en la práctica de la isopatía, el drenaje, no sólo perfecciona la acción del simillimum o de lo idéntico sino que a menudo preserva al enfermo de una peligrosa agravación.

Al término de esta corta discusión, ocasional, llevada con toda franqueza, pero de un modo muy fraternal, creo poder afirmar que las críticas peyorativas de nuestro colega respecto a la obra del Dr. Nebel son no solamente ilegítimas porque son contrarias a los principios de la observación clínica, sino también porque su ilogismo teórico es muy evidente.

Por otra parte, estas críticas subrayan la tenacidad de algunos homeópatas en su voluntad de inmovilizar la obra hahnemanniana y de prohibirle todo crecimiento ulterior.

En las últimas palabras de su artículo, el Dr. Schmidt recuerda la advertencia dada por Hahnemann: “Imitadme, pero imitadme bien”, lo que no significa en modo alguno que nuestro maestro considerara su obra perfecta e inextensible para siempre.

Muy al contrario, como obra joven y viva, no podía no desear verla desplegar todas sus virtualidades, teniendo por intocables la ley del semejante, el precepto de la individualización y el empleo del infinitesimal.

Desde este punto de vista, Nebel no dejó de proclamar lo esencial: la utilidad de esta ley y de estos preceptos. Nadie se ha preocupado más que él de la individualización, mientras que realizaba muy a menudo ésta en la prescripción de un solo remedio.

En realidad, creo que forma parte de los médicos de nuestra escuela que han impul-

sado más la comprensión de la obra hahnemanniana. Y sin embargo, no le repugnaba cierto pluralismo.

Lo practicaba frecuentemente, pero con la sobriedad que exigen un gran conocimiento de la materia médica y la preocupación que debe conservar todo práctico de seguir con claridad el desarrollo de la obra curativa.

“Recuerdo que, en estos casos, limitaba su receta complejista a 3 o 4 remedios: un remedio constitucional, un remedio isopático, un remedio funcional, un remedio drenador, confundiéndose estos dos últimos muy a menudo”.

Este sabio pluralismo realizado con perfecta claridad es por desgracia deformado demasiado a menudo, traicionado, si nos referimos a semejantes prescripciones demasiado corrientes que he señalado en el último congreso internacional de Lausana, prescripciones que comprenden hasta 20 remedios diferentes.

Semejantes recetas pueden seguramente ayudar al enfermo, pero perjudican mucho el juicio médico de aquéllos que las practican y el prestigio de nuestra doctrina.

En realidad, Nebel no dejaba de “vivir” la materia médica. Todas las ocasiones de contacto humano, fuera de sus horas profesionales lo arrastraban a aplicarla.

Entre otros amables recuerdos, me acuerdo de cierta cena en mi casa; en varias ocasiones la criada que nos sirve se muestra muy torpe con las manos. Nebel la mira fijamente un instante y nos dice: “Es preciso darle Apis a la señorita”.

El síntoma “torpeza” no había bastado

para emitir esta conclusión, divertida en este caso, pero el vistazo investigador del maestro había encontrado enseguida la confirmación del remedio en una observación rápida de la morfología, de la facies de la sirvienta.

Semejante superioridad del espíritu médico, del genio creador, de esta excepcional intuición no perjudicaba en modo alguno la perfecta sencillez de comportamiento y de maneras de Nebel. Lejos de envanecerse por tales dones, no se consideraba más que como el canal de algunas verdades que sus estudios y su práctica le habían revelado.

Si las defendía con vigor, no era tanto para satisfacer su amor propio como para expresar la estima debida a su propio valor y a su utilidad.



Lo he llamado muy a menudo a consulta para mis enfermos. Siempre se presentaba con una gran sonrisa, una apariencia muy sencilla, sin revestirse de ese aspecto sentencioso que no desdeñan siempre los pacientes. Muy dulce con el enfermo, hablaba poco.

Informado ya por mí sobre la marcha y las manifestaciones de la enfermedad, hacía un examen más o menos rápido del paciente, luego lo miraba durante bastante tiempo en un silencio que a veces me molestaba un poco y podía sorprender a la compañía. Durante esos minutos meditativos, se establecía en su cerebro una especie de competición entre dos o varios remedios ya evocados por una primera investigación.

Luego, Nebel se decidía a hacer tres o cuatro preguntas al enfermo o a los que esta-

ban presentes, y entonces emanaba en él la luz deseada. El remedio estaba claro y, al dejar la cabecera de mi paciente, me demostraba su clara indicación.

Esta manera de “absorber”, si puedo decirlo así, a su enfermo por la indicación medicamentosa exacta, la he admirado muchas veces al asistir a sus consultas, asistencia que no fallaba nunca en evocar en mí el recuerdo de Hahnemann y esto, no sola-

mente debido a su buena realización terapéutica, sino también a propósito de un detalle, muy accesorio en efecto, pero bastante típico.

Se nos ha contado que el fundador de nuestra escuela era un entusiasta de la pipa y que no temía distribuir sus remedios, a sus pacientes, en una atmósfera muy nicotinizada, a

pesar de las reglas de abstención que prescribía en cuanto a bastantes elementos alimenticios o cosméticos, vinagre, café, perfumes, etc.

¡El puro es lo que le gustaba acariciar a Nebel! También lo he visto distribuir extemporáneamente medicamentos a los enfermos en la misma atmósfera de tabaco, medicamentos que no actuaban menos bien.

“Pero insistía, no obstante, en evitar ciertos antídotos como el agua de colonia, la menta y por supuesto el alcanfor”.

Acabo de hablar de su perfecta sencillez, de su comportamiento naturalmente afable y campechano, y otro recuerdo pinto-